

Martin Suter

Montecristo

Traducción de Rosa Pilar Blanco

Primera edición, 2015
Título original: *Montecristo*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2015 by Diogenes Verlag AG Zürich

© de la traducción, Rosa Pilar Blanco, 2015
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: ©iStock Getty Images
Fotografía del autor: © Alberto Venzago

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-52-8
Depósito legal: B. 19.893-2015
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de cubierta: Jordi Duró
Diseño de colección: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Toni

PRIMERA PARTE

Una sacudida recorrió el tren. Los vasos y las botellas salieron volando desde las mesas, el pitido ensordecedor de la locomotora y el chirrido del hierro contra el hierro acompañaron el tintineo, el griterío y el ajetreo en el vagón restaurante. Hasta que todo enmudeció tras otra sacudida.

Fuera reinaba la oscuridad. Estaban en un túnel. El gracioso de turno rompió el silencio:

—¿Ya hemos llegado?

Algunos rieron, luego comenzaron a hablar todos a la vez y se pusieron a limpiar la cerveza y el vino de mesas, ropas, bolsos y carpetas.

—Frenado de emergencia —constató uno de los viajeros.

Jonas Brand se encontraba en el vagón restaurante del Intercity de las cinco treinta hacia Basilea, sentado entre los clientes habituales, la mayoría hombres que se desplazaban a diario para trabajar y todas las tardes hablaban de lo mismo frente a la misma bebida, algunos desde hacía muchos años. El aire enrarecido apestaba a alcohol, a trajes ahumados, a sudor y a notas evanescentes de fragancias de caballero.

Su vecino de asiento, un señor con sobrepeso que había conseguido evitar que se mojase su ordenador, del que no había apartado la mirada en todo el trayecto, suspiró.

— Atención sanitaria a un pasajero.

Jonas se levantó y fue a recoger su mochila portacámara, que había dejado en el suelo a su lado y que, debido al brusco frenazo, se había deslizado un buen trecho por el pasillo. A su videocámara no le había pasado nada, a pesar de que, como siempre, la había guardado con cierto descuido.

Él sabía lo que significaba «atención sanitaria a un pasajero». Alguien se había caído a las vías del tren. Jonas ya lo había vivido un par de años antes. Volvió a sentir el mismo escalofrío recorriendo su cuerpo de pies a cabeza.

Más atrás, en el vagón restaurante, unos viajeros se ocupaban del camarero. Tenía una herida en la frente y alguien intentaba contener la hemorragia con una servilleta.

Nadie se fijó en el hombre joven y pálido que entró en el vagón restaurante escudriñando a su alrededor. Caminó entre las mesas hasta la otra salida, donde Jonas estaba sentado. Allí casi chocó con la interventora del tren, que irrumpió gritando:

— ¿Quién ha usado el freno de emergencia?

Solo entonces los demás viajeros se fijaron en él, porque contestó en tono desafiante:

— ¡Yo!

La interventora lo miró a los ojos con severidad. El hombre le sacaba más de una cabeza. Llevaba un traje entallado, con unos pantalones cuya vuelta terminaba un dedo por encima de los zapatos de punta.

—¿Y por qué?

Ahora estaba al lado de Jonas, que observó lo pálido y alterado que se veía. El joven balbuceó:

—Se ha caído alguien.

—¿Dónde? —preguntó la interventora.

—Ahí atrás —respondió el hombre.

Señaló en la dirección de la que procedía. Ella se adelantó, él la siguió.

Jonas sacó de la mochila la cámara y el soporte de hombro y salió detrás de ellos.

El hombre joven los condujo hasta la siguiente plataforma. Él estaba ahí, esperando a que quedase libre el aseo. Miró por la ventana y de pronto pasó algo volando, como un gran muñeco articulado, y rebotó en la pared del túnel. Apenas lo pudo distinguir un instante entre la luz mortecina que salía por la ventanilla del tren, pero estaba seguro de que era una persona. Tenía rostro.

Jonas filmaba con la cámara al hombro.

—Por favor, deje eso —ordenó la interventora.

Él le enseñó su carné de prensa sin dejar de filmar.

—Televisión —aclaró.

La mujer le dejó hacer. Siguió caminando por un vagón de segunda clase repleto de gente. Los viajeros permanecían en sus asientos resignados a su destino. A pesar de la cámara, nadie preguntó a la interventora qué había sucedido.

La siguiente puerta del tren no estaba bien cerrada. Alguien había pulsado el mecanismo que la desbloqueaba. La interventora la abrió del todo. Oía a roca mojada y a polvo de hierro.

Jonas filmó el túnel tenuemente iluminado por la luz

del compartimiento. Bajó un peldaño y dirigió el objetivo a la cola del tren. Muy atrás, en el estrecho pasadizo que quedaba entre el tren y la pared del túnel, se veía algo entre la luz mortecina. No podía precisar lo que era porque no tenía el objetivo adecuado.

Un videoreportero curtido habría descendido y habría filmado de más cerca el bulto que había allí, pero Jonas Brand no era un auténtico videoreportero ni estaba curtido. Había ido a parar a esa profesión por una serie de casualidades. Una etapa más en su camino a director de cine.

Aunque ya llevaba bastante tiempo recorriendo ese camino, desde que terminó el bachillerato, para ser más precisos. Tras pelearse con sus padres, empezó a frecuentar los platós cinematográficos. Ejerció de *set-runner*, eléctrico y asistente de producción. Brand se formó como técnico de iluminación y llegó hasta *best-boy*, el recadero del jefe de iluminación. Con el dinero que ganó se pagó un curso de camarógrafo en la London Film School y después trabajó como asistente de cámara. En su filmografía se contaban ya colaboraciones en un par de películas de cine, un puñado de documentales y cada vez más anuncios publicitarios.

En una ocasión había sustituido como cámara a un colega enfermo y había rodado un par de reportajes sobre el Foro Económico Mundial. Cuando el redactor responsable se trasladó a una emisora local, empezó a contratarlo de vez en cuando. Al poco tiempo, ya le habían hecho fijo y, cuando la emisora, en el transcurso de una serie de medidas de ahorro, introdujo la función de videoreportero,

el hombre de las palabras perdió su puesto, pero el hombre de las imágenes lo mantuvo. Así, sin quererlo, Jonas Brand había terminado como videorreportero.

Como consideraba esa profesión una solución transitoria, no había llegado muy lejos. La ejercía sin especial ambición y se daba por satisfecho con entregar un trabajo correcto. No obstante, pronto pudo establecerse por su cuenta y se convirtió en una apuesta segura cuando se necesitaba a alguien puntual, fiable y barato. Aunque cuando se buscaba creatividad, Jonas Brand, a punto de cumplir cuarenta años, seguía siendo solo la segunda opción.

Pero era lo bastante videorreportero para echarse la cámara al hombro y filmar aquella angustiada escena.

En el vagón restaurante se había disipado el animado ambiente de fin de jornada laboral y se expandía una mezcla de impaciencia y hastío. Hablaban poco, todos esperaban el anuncio.

Pero cuando este llegó, precedido por un ruidoso aco-ple, la mayoría se asustó.

—Por atención sanitaria a un pasajero, el tren permanecerá parado hasta nuevo aviso —dijo la voz de la interventora—. Rogamos su comprensión.

Inmediatamente después del mensaje, se oyó el suspiro resignado de los veteranos entremezclado con las preguntas excitadas de los novatos.

—¿Atención sanitaria?

—Eso quiere decir que alguien se ha caído al tren. Esto puede durar horas.

Jonas Brand fue de mesa en mesa preguntando a los pasajeros. Unos pocos pidieron que les mostrara su carné de prensa y dos no quisieron que los filmara ni

entrevistara. La mayoría, sin embargo, se alegró de la distracción y habló de buen grado.

—Es espantoso imaginar que ahí abajo hay alguien tirado, aplastado.

—Debe de ser la décima vez que me sucede en los seis años que llevo yendo y viniendo a diario; tengo la impresión de que va en aumento.

—Me parece una desfachatez matarse así. Hay otros métodos que no amargan el fin de la jornada laboral a cientos de personas que no están deprimidas.

—¿Saltó del tren? El hombre al menos habría podido esperar a pasar el túnel.

—O la mujer...

El camarero anotaba los pedidos con un esparadrapo en la frente. Era un tamil bajo y regordete al que los clientes habituales llamaban Padman. Hablaba un descuidado alemán de Suiza y sonrió mostrando su magnífica dentadura a la cámara de Jonas. Sí, explicó, eso sucedía con bastante frecuencia. Y añadió que una vida tan buena como la de los suizos era casi insoportable.

El obeso vecino de mesa de Jonas había vuelto a enfrascarse en su ordenador portátil. No tenía nada en contra de que lo filmasen, pero no quería hablar. Jonas lo enfocó y luego recorrió con la cámara el vagón restaurante. Ahora reinaba la pesadumbre; los pocos que hablaban lo hacían en voz baja.

Un hombre con traje de ejecutivo se levantó de una mesa, se dirigió hacia Jonas, tapó la imagen y pasó de largo. Jonas lo oyó preguntar:

—¿Has visto a Paolo?

Jonas volvió a enfocar al gordo. Este contestó, sin levantar la vista del ordenador:

—¿No está con vosotros?

—Recibió una llamada y salió a hablar. Y no ha vuelto.

Entonces el gordo alzó la vista hacia el hombre con traje de ejecutivo, se encogió de hombros y dijo:

—A lo mejor la atención sanitaria es para él.

El hombre negó con la cabeza y retrocedió hacia su mesa. Jonas estaba seguro de que había murmurado «imbécil».

Se dirigía a Basilea por una gala benéfica, en la que la flor y nata de la ciudad se reunía a bombo y platillo sin conseguir demasiado dinero para una buena causa diferente cada año. Había olvidado cuál era esta vez.

El reportaje sobre este evento era un trabajo alimenticio que le había encargado *Highlife*, un programa de tendencias y famosos que era uno de sus mejores clientes, aunque no de los más queridos.

Eran más de las nueve cuando Jonas Brand llegó por fin al salón del hotel donde se celebraba la gala benéfica. Había hablado por teléfono varias veces con la encargada de prensa del organizador. Como si considerase el incidente un ataque deliberado contra su evento, aquella mujer aplazó varias veces la subasta.

Sin embargo, cuando él por fin llegó ya se habían adjudicado la mayor parte de los lotes. En el punto culminante, cuando se estaba rematando un cartel de VIM de 1929 de Niklaus Stoecklin al precio desorbitado de once mil francos, se vio obligado, debido al reportaje imprevisto sobre la atención sanitaria, a cambiar la batería. Se perdió la adjudicación, para la que el compra-

dor había posado expresamente. Jonas simuló que filmaba y asintió de pasada cuando la asesora de prensa preguntó:

— ¿Lo ha grabado?

Estaban a comienzos de un diciembre caluroso repleto de incongruentes adornos navideños y terrazas de café muy concurridas.

Habían pasado dos meses y medio desde el incidente del Intercity por el que Jonas Brand había terminado recibiendo una reprimenda de su cliente, *Highlife*: la agencia de prensa que cubría la gala benéfica se había quejado de que en el reportaje faltaba el momento más importante, la subasta del lote principal.

El material del vagón restaurante estaba sin montar, junto con otros fragmentos que Jonas quería usar algún día para un gran documental en blanco y negro titulado *Al margen*, sobre las impresiones de un videoreportero.

De la atención sanitaria solo había trascendido que se trataba del suicidio de un pasajero. Los detalles quedaron ocultos bajo el manto de la protección de datos.

Jonas Brand estaba de un humor espléndido y eso se debía en parte en la aparición de Marina Ruiz.

La había conocido hacía poco más de dos horas y ya había quedado con ella. No solía ser tan rápido, pero tampoco se trataba de una cita sino de continuar una conspiración.

Marina era una zuriquesa alta de cabello liso hasta los hombros y rasgos asiáticos. Trabajaba en la agencia

de eventos que se encargaba del estreno cinematográfico sobre el que debía informar Jonas. La película se estrenaba simultáneamente en distintas ciudades europeas y para el estreno nacional solo habían quedado disponibles como estrellas invitadas un par de actrices de reparto. Una de ellas, Melinda Trueheart, había sido asignada a Marina Ruiz, que tenía que acompañarla a las entrevistas y quitarle de encima a unos fans imaginarios.

Durante la entrevista, miss Trueheart se reveló como una mujer muy afectada. Mientras Jonas se esforzaba por hacer preguntas mínimamente serias, Marina Ruiz, que estaba detrás de ella, comenzó a hacer muecas para burlarse de sus respuestas. Resultaba algo tan sorprendente y cómico que Jonas perdía una y otra vez la compostura y se echaba a reír, mientras que la *starlet* se giraba hacia su asesora de prensa en busca de ayuda.

Marina Ruiz conseguía siempre, en el último momento, poner cara seria, de interés, lo cual resultaba tan gracioso que Jonas no podía contener la risa.

Melinda Trueheart no estaba segura de si el entrevistador se reía de ella o si simplemente practicaba un estilo de entrevista humorístico. Al rato, también ella comenzó a reírse y a dar respuestas graciosas. Al final su afectación se desvaneció casi del todo y el resultado fue una entrevista sorprendentemente entretenida.

Marina Ruiz salió con su protegida. Cuando Jonas recogía su material, regresó.

—¿Puedo invitarla a cenar? —preguntó él.

—Pensaba que nunca lo haría —contestó ella.

La noche siguiente quedaron en un restaurante indio recién inaugurado. Todavía no debía de haberse corrido la voz de su apertura, porque estaba casi vacío.

Jonas había propuesto ese local porque le encantaba la comida india y esperaba poder impresionarla. Pero Marina también resultó ser una experta; como mínimo para darse cuenta de que la carta era demasiado amplia y que los platos estaban congelados y recalentados en el microondas.

Al principio hablaron en voz baja como el resto de los comensales, pero Marina poseía el don de concentrarse tanto en su interlocutor que pronto ambos se olvidaron del entorno. Jonas le contó cosas de las que nunca hablaba. Ella no tardó en saber que tenía treinta y ocho años, que estaba separado desde hacía seis y que hacía ocho que era videoreportero *free lance* y, en el fondo, cineasta.

—¿Cineasta? —Marina apartó el plato, un *Mutton Buhari* fibroso y tibio, se apoyó sobre la mesa con los antebrazos cruzados y hundió los ojos aún más profundamente en los de él.

Así que le habló de *Montecristo*.

—La historia sigue la trama de *El conde de Montecristo*, pero transcurre en la actualidad. Un hombre joven monta una empresa de internet con la que gana millones. Durante unas vacaciones en Tailandia le esconden en el equipaje una gran cantidad de heroína. Lo pillan y lo meten en la cárcel por traficante. Le espera la pena de muerte o la cadena perpetua. El suceso causa sensación en su país, pero cuando sus tres socios, a los que su abogado ha llamado como testigos, sorprendentemente lo incriminan, la opinión pública pierde el inte-

rés en él. Lo condenan a cadena perpetua y desaparece en una de las tristemente célebres prisiones de Tailandia. Sus socios se hacen con el control de la empresa y la venden por una fortuna.

Jonas dio un trago de cerveza.

—Sigue —lo apremió Marina.

—El hombre...

—¿Cómo se llama?

—Hasta ahora lo he llamado «Montecristo». ¿Te parece demasiado pretencioso?

—Aún no lo sé. Sigue contando.

—Unos años después Montecristo consigue escapar. Todavía tiene mucho dinero con el que costear su venganza. Se somete a varias operaciones de cirugía estética, se procura una identidad nueva y regresa. El resto de la película trata sobre cómo arruina, disfrazado de inversor, a sus tres antiguos socios.

—Quienes le habían escondido la heroína en el equipaje, ¿verdad?

—En efecto.

Por primera vez desde que había iniciado el relato, Marina apartó sus ojos verdes de él, buscó el vaso con la mirada y tomó un sorbo. También ella, tras haber ojeado la carta de vinos, había optado por una cerveza india.

Volvió a concentrar toda su atención en Jonas.

—Ya sabrás que con el reparto adecuado puede ser un bombazo.

Jonas sonrió irritado.

—Con el reparto adecuado, el guion adecuado, la dirección adecuada y el productor adecuado.

Marina asintió, pensativa.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en este proyecto?
Jonas sirvió lo que quedaba en las botellas.

—¿Neto o bruto? —preguntó.

—Ambos.

—Escribí la primera versión en una noche. Así que doce horas netas. Y fue en 2009, así que seis años brutos.

—¿Y no hay nadie que se haya interesado en él?

—Así es el negocio del cine: todos piden experiencia, pero nadie deja que la tenga.

Marina esbozó una sonrisa serena.

—Y cuando por fin la tienes, ya eres demasiado viejo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Es lo que siempre dice mi padrastro.

—¿También es cineasta?

—No, es *coach*, se dedica a la orientación profesional.

La casa de Marina estaba muy cerca del restaurante, así que fueron a pie. Era una noche de *foehn*. Un viento fuerte sacudía los adornos navideños de las tiendas turcas, tamiles e italianas frente a las que pasaban. Marina se había colgado de su brazo y paseaban tranquilos por el barrio como cualquier pareja que regresa a casa.

Ella era una mujer alta, y los tacones que llevaba hacían que superase en unos centímetros a Jonas. Él se había sentido a gusto a su lado desde el principio y esa sensación se intensificó mientras ella caminaba agarrada de su brazo, ligera y tierna, pese a su altura.

Delante de la entrada de un bloque de viviendas de nueva construcción, Marina se soltó de su brazo y sacó las llaves del bolso. Con la misma sonrisa que le había

divertido durante la entrevista con la *starlet*, esperaba que él dijera algo.

Jonas dijo con cierta timidez:

—Supongo que no invitas a tus citas a tomar una última copa la primera noche.

—Pues sí —contestó—, pero no a los que quiero volver a ver.

Tomó su cabeza, la atrajo hacia ella y le dio un beso fugaz en la boca. Él le rodeó la cintura, pero ella le quitó las manos, abrió la puerta y desapareció en el portal.

Se sentía demasiado emocionado para coger un taxi y meterse en la cama, así que echó a andar en dirección a su casa, ubicada en un barrio muy distinto. Se dejaría llevar por el momento: pararía un taxi, iría a tomar algo o recorrería todo el trayecto a pie.

El *foehn* todavía lanzaba sus ráfagas caprichosas por las calles deslucidas, aquí y allá vociferaban los dispersos seguidores de un equipo de fútbol victorioso y los fumadores estiraban las piernas en la puerta de los clubs.

Desde su divorcio, Jonas había tenido varias relaciones, pero nunca se había sentido tan encantado después de una cita como esa noche inhospita.

Al llegar a la estación, atajó por el vestíbulo. Reinaba la mezcla habitual de movimiento y calma. Los habitantes de los suburbios que habían pasado la velada en la ciudad se apresuraban a subir a sus trenes de cercanías. En el trayecto a casa se cruzaban con los viajeros que regresaban a sus casas después de una larga jornada de trabajo. Y en medio de esas idas y venidas deambulaban los habituales de la estación, que no venía de ninguna parte ni quería ir a ninguna parte.